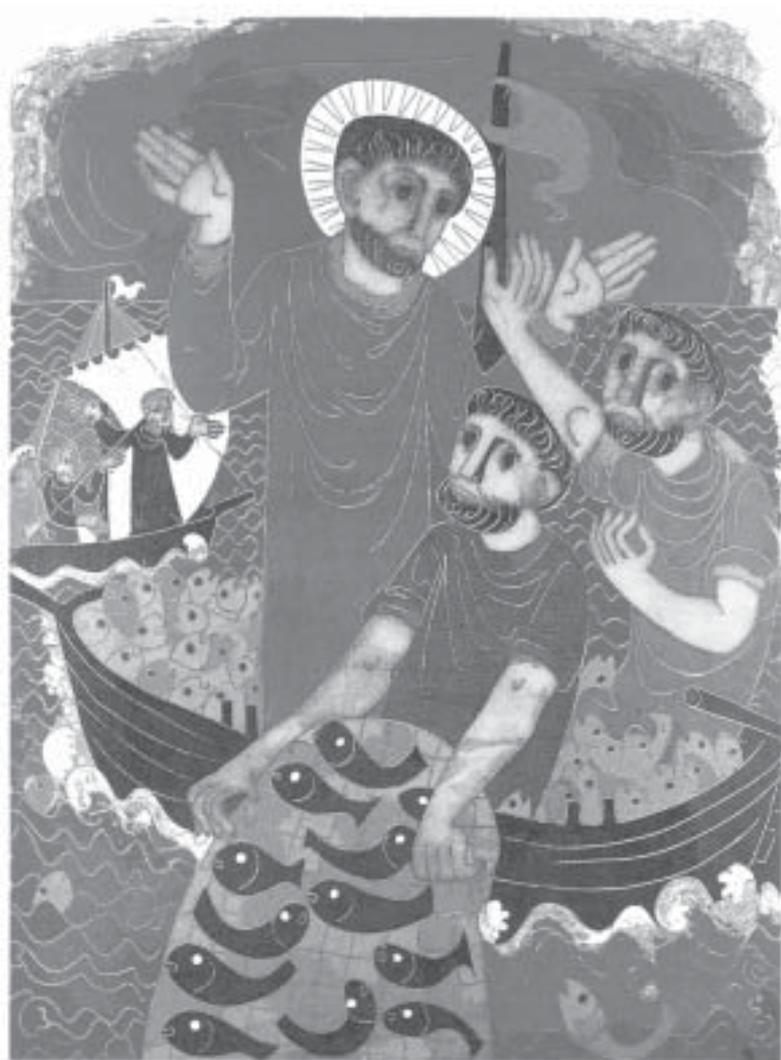


# Jesús y el Reino de Dios

## Su Significado Actual

Pedro Trigo, s.j.

¿Qué significa que Dios reine en nuestra historia? Responderemos a esta pregunta en dos fases: ante todo veremos qué significó para Jesús; sólo cuando lo tengamos claro, estaremos en condiciones de establecer la correspondencia actual. Vamos a responder a la primera cuestión inductivamente, es decir, a partir de los evangelios.



La vida y el mensaje de Jesús giraron alrededor del reino de Dios. Si esto es así, no podemos comprender a Jesús, ni por tanto seguirlo, al margen de este símbolo. Y sin embargo su significado no nos resulta familiar y el mismo símbolo pertenece a una constelación que no es la nuestra. ¿Cómo decir hoy el reino de Dios de modo que nos resulte no sólo comprensible sino deseable y motivador? La expresión griega que aparece en los evangelios, traducción de otra hebrea y aramea, significa sobre todo la acción de Dios de reinar y consiguientemente el estado de cosas resultante de esa acción.

¿Qué significa, pues, que Dios reine en nuestra historia? Responderemos a esta pregunta en dos fases: ante todo veremos qué significó para Jesús; sólo cuando lo tengamos claro, estaremos en condiciones de establecer la correspondencia actual. Vamos a responder a la primera cuestión inductivamente, es decir, a partir de los evangelios.

### El Reino de Dios en la Proclamación y la Vida de Jesús de Nazaret

Jesús proclama que el Reino se ha acercado (Mc 1,15; Lc 10,9). Esto significa que no se refiere a la experiencia general de Dios presente siempre en la naturaleza y la historia (por esencia, presencia y potencia, como decía la escolástica). La expresión designa un acontecimiento portador de salvación definitiva. Por eso son dichosos los discípulos (Mt 13,16-17): Los grandes profetas y reyes de Israel anhelaron ver y oír el cumplimiento de la promesa de salvación final. Pero no les fue concedido. En cambio son estos pobres campesinos galileos quienes la están experimentando. Jesús no remite la bienaventuranza al futuro porque es ahora cuando a través de sus palabras y acciones los discípulos están contemplando la salvación definitiva, el sí de Dios a todas sus promesas (2Cor 1,20), el Reino. Por eso no pueden ayunar (Mc 2,18-20):

se encuentran en el tiempo del banquete escatológico (Is 25,6-9), un tiempo que queda definido por la presencia de Jesús. Él es el novio, el hijo del Rey que va a celebrar su banquete de boda (Mt 22,2).

El tiempo del Reino es tan incomparablemente superior al tiempo anterior, que Juan Bautista, que es el mayor de los nacidos de mujer, es menor que el menor de los hijos del Reino (Mt 11,11). La característica del tiempo anterior era la ley y los profetas. Por eso Juan es más que profeta porque es la bisagra que cierra el tiempo de la ley y anuncia el tiempo nuevo. Si el Reino sufre violencia es porque esa soberanía trascendente de Dios ha pasado a ser algo visible, temporal. Es un misterio que lo superior y definitivo sea vulnerable (Lc 16,16). Juan había pensado que lo que venía era un juicio inapelable (Lc 3,7-9,17). Pero los signos que da Jesús de que él es el que tenía que venir son los milagros y la evangelización de los pobres (Lc 7,18-23). A quien no le importe la humanidad de los disminuidos, poco le dicen estos signos. Incluso le parece una injusticia que el Reino tenga como destinatario a ese pueblo bajo que no presta mucha atención a los preceptos de la ley. Por eso añade: Dichosos los que no se escandalicen de mí. El que Dios se haga presente en Jesús no para liberar a la nación, venciendo de sus enemigos, sino dando vida a quienes no cuentan nada, no es una buena nueva para quienes se sienten sanos y justos y desprecian a los pobres y enfermos. Jesús rechaza todas las especulaciones apocalípticas sobre el momento y el lugar de la parusía e intenta que sus adversarios, abandonando las conjeturas sobre el futuro, abran los ojos y se fijen en lo que ya es realidad: en el ministerio de Jesús, con sus curaciones y enseñanzas, está ya presente el Reino (Lc 17,20-21).

En las ideas escatológicas y apocalípticas de judíos y cristianos de la época de cambio de era, la existencia humana se asemejaba a un campo de batalla dominado por

una de las dos fuerzas sobrenaturales: la de Dios o la de Satanás. En el caso de los exorcismos (Mt 12,28; Mc 3,24-27) Dios expulsa a través de Jesús al poder rival y se enseñaorea de los liberados. Para ellos había llegado el gobierno de Dios como rey, y también para los que dan fe a esta manifestación del poder escatológico de Dios.

Sin embargo al ver las realizaciones de Jesús, se imponen dos conclusiones: Ante todo la desproporción entre el contenido absoluto de lo esperado y la realización particular, incluso absolutamente insignificante ante los ojos de los grandes de este mundo, y sin embargo la condición simbólica, sacramental de sus actos, ya que a través de ellos la gente reconoce la visitación de Dios, su presencia salvadora. Y por eso se sobrecogen por el peso trascendente de lo que presencian y se admiran y alegran por la salvación que trae (Lc 7,16; 9,43; 13,17; 18,43; Mc 1,27; 2,12; 7,37). La segunda conclusión es, pues, la relación indiscernible entre el Reino y su persona. Él no es mero agente que lo causa: él es de algún modo epifanía del Reino.

Por eso había que decir que para Jesús el horizonte del Reino es la expectativa. El Reino es para él futuro y por eso nos pide que lo pidamos (Mt 6,10). Poco antes de morir él mismo espera beber el vino de la alegría en el Reino, concebido como un banquete (Mc 14,21). Más aún, contra las expectativas de ciertos judíos que esperaban tener puesto fijo en él, anuncia que en ese banquete van a sentarse gentiles y ellos van a quedar fuera (Mt 8,11-12). Y la inversión va a ser tal que son los excluidos del banquete de la vida los que van a sentarse en el del Reino (Lc 14,15-24). Por eso los pobres que crean en este designio de Dios son ya bienaventurados (Lc 6,20).

Esta plenitud total es ciertamente futura. En este sentido el Reino sigue siendo futuro para nosotros aun después de la resurrección. Pero este futuro Jesús lo empieza a realizar en los exorcismos

y milagros, en el compartir la mesa con pecadores, en la formación de un círculo íntimo de discípulos, en su acción en el templo... Como para él hay una vinculación orgánica entre su propio ministerio y la plena llegada del gobierno escatológico de Dios, por eso denomina ambos acontecimientos con la única expresión de reino de Dios.

### Coordenadas del Reino

Así pues, éstas serían las coordenadas que definen al Reino:

Reinado es la aceptación de la relación absoluta de Dios que se autoentrega en Jesús. Reino es el resultado de esa relación con la transformación que Dios obra. Es decir que no llamamos Reino al estado de cosas que se origina cuando un grupo, una sociedad, o incluso la humanidad acepta la soberanía de Dios, ya que las acciones de los seres humanos siempre son ambiguas. Es Dios mismo el que ha de transformarnos para que él sea todo en todo.

El reinado es ya presente en la presencia y acciones de Jesús y en los que aceptaron su propuesta, y más en general en los que le dicen sí a Dios con el Espíritu de Jesús. Pero el Reino como tal es futuro, porque no se han dado todavía los bienes del Reino: la vida fraterna de los hijos de Dios. Aunque es presente para Jesús que ya ha vencido de la muerte y ha sido transformado para vivir la vida de Dios.

La historia es escatológica porque en ella se da definitividad, de modo que quien en ella no viva la vida eterna (la filiación y fraternidad alcanzadas por Jesús), nunca la vivirá. Pero esperamos una escatología transhistórica porque en la historia no cabe la plenitud del Reino.

El Reino se nos ofrece como tarea: es irrenunciable tratar de historizarlo. Pero en definitiva se nos entrega como un don (la herencia de los hijos): es imposible que salga de nuestras manos y

que esta historia lo pueda contener. Sin la acción y la esperanza, con la tensión que implican, no se da la aceptación de la soberanía de Dios porque o la pasividad equivale a falta de aceptación o se pretende escalar el Reino prometeicamente.

Por todo lo que llevamos dicho, sobre todo porque el reino es de Dios no como causa eficiente sino como participación de su vida, el Reino no es conceptualizable. Pero sí es narrable, porque lo que acontece puede ser narrado.

---

### Qué entendemos hoy por Reino de Dios

El contenido mínimo sería que la historia marche "como Dios manda", es decir hacia una optimización de las posibilidades del planeta tierra y hacia un verdadero desarrollo humano; hacia la constitución de individuos cada vez más conscientes de sí y capaces de dirigir responsablemente su vida, y hacia la conformación de redes que los interconecten en un flujo horizontal y cualitativo en el que cada quien pueda dar de sí lo mejor y recibir lo mejor de los demás en una emulación simbiótica y ecuménica, que salvaguarde y potencie la otredad de personas y culturas a la vez que las incorpora a la única humanidad en la única tierra. Que Dios reine en nuestra historia significa que con la profundización de la democracia a escala planetaria vayamos superando privilegios y discriminaciones e incluyendo a los excluidos, tanto en el interior de cada país como a los países excluidos. Significa que la producción y el consumo se desabsoluticen para que se cultiven otras dimensiones humanas como el estar, el convivir, el celebrar, el permanecer en silencio, la reciprocidad de dones, la gratuidad, el vivir en la presencia de Dios y relacionarse con él. El mínimo de este mínimo sería no pasarse la vida enfermo con enfermedades de pobres, construir casas y habitarlas, sembrar y comer

de esos frutos, es decir tener un techo digno propio, trabajar productivamente y participar del fruto de ese trabajo social, estar tranquilo en la casa y andar tranquilo por la ciudad sin caminar sobresaltado ni vivir prisionero entre seguros y rejas, poder participar y poner coto a tanta compulsión al consumo y a esa incitación permanente a elementarizarnos y desestructurarnos, es decir destruirnos.

¿Por qué llamamos a este estado de cosas reino de Dios? Porque Dios nos ha creado con ese designio. Un designio que no es exterior a lo que somos sino la dinámica de la vida humana genuina, la existencia humana auténtica. Cualquier otra dirección es extravío, degradación, fracaso de los individuos y de la humanidad como tal, y como consecuencia alteración del equilibrio que en la tierra hace posible la vida, deterioro del planeta, en suma vaciamiento de la creación.

---

### Este mínimo ¿se da hoy? ¿podrá darse algún día?

Este mínimo, al que hemos aludido sumariamente, es el deseo más hondo de cada corazón humano, si nos damos ocasión para hacer silencio y libertad para soñar. También ha sido evocado por los poetas y representado en los mitos y cantado en músicas que se recrean en cada generación. Las constituciones de las naciones lo asientan solemnemente en su proemio; las ciencias sociales analizan sus condiciones de posibilidad y los obstáculos para que se realice; los políticos proponen planes concretos para remover los obstáculos y desarrollar y plasmar las potencialidades; la técnica que aplica las ciencias idea métodos factibles para lograrlo.

Y en efecto, hemos visto avances muy superiores no sólo a lo que imaginaron los antiguos sino nosotros mismos. Avances tan grandes que nos hacen pensar que con el tiempo (y no demasiado largo) casi todo será posible. Y sin embargo, a

la par de los avances, han surgido no sólo nuevas y más íntimas alienaciones sino incluso nuevas enfermedades devastadoras, nuevas pobreza más humillantes y degradantes que las antiguas, y nuevas y masivas exclusiones e incluso ha resurgido el trabajo en condiciones de explotación que equivalen a la antigua esclavitud, cosas todas que denotan un grado de insensibilidad e irresponsabilidad escalofriantes.

¿Es que ser humano, en el sentido cualitativo de la palabra, está al alcance de existencias individuales pero es una meta imposible para la humanidad como tal? ¿Es que Dios puede reinar en algunos corazones pero no en la historia, que es el grado máximo alcanzado hasta ahora por la creación evolutiva? ¿Será que todavía la humanidad es joven y tenemos que darnos más tiempo para ir humanizándonos? ¿O será que la marca de lo humano será siempre la ambivalencia, oscilar de más malos que buenos a más buenos que malos, sin llegar nunca a ser malos pero tampoco buenos?

---

### Dios reina en la Historia humanamente por Jesús

Que Dios viene a reinar significa que Dios no se resigna al fracaso de la humanidad y ni siquiera a que se mueva siempre entre el más o menos. Pero esto no tenemos que entenderlo en el sentido de que él mismo quiere tomar el comando de la historia para conducirla hacia la plenitud. Dios no quiere destronar al ser humano porque sabe que es menos humana una plenitud que no tiene por autor a la propia humanidad que una humanidad más o menos, conseguida por ella misma. Por eso mismo, que Dios viene a reinar no puede ser tampoco que una institución o un pueblo reinen sobre los demás en su nombre, imponiéndose sobre ellos, aun en el caso de que su reino fuera justísimo. No es humana una situación que no tenga por autores a todos sino sólo a los selectos. Que Dios quiere reinar sig-

nifica que quiere entrar efectivamente en nuestra historia de manera que la historia sea ya no sólo una historia humana sino la historia de la humanidad con Dios.

Ahora bien, Dios sabe que si entra él como Dios a la historia humana, ésta se desbalancea: la desigualdad de la relación empuja demasiado al socio humano. Por eso Dios decide estar con nosotros pero humanamente. Jesús de Nazaret es ese hombre venido de Dios para establecer por su medio la soberanía de Dios sobre la historia. Jesús no es como un centauro: mitad ser humano y mitad Dios. Jesús es un ser humano como nosotros que viene de Dios, que es su enviado, que ha sido configurado por su Espíritu, que vive desde siempre progresivamente su vida como recibida de Dios y entregada a él, que es por eso propiamente su Hijo. Jesús es un ser humano en el que reina Dios. Pero no reina deslumbrándolo, entusiasmándolo, ni transformándolo por arte de magia en un ser omnisciente y todopoderoso. Por el contrario, Dios le da toda la libertad a Jesús, no le invade, lo respeta. Jesús será así un campesino galileo del siglo I. Pobre y con un horizonte estrecho como los demás. Un ser de necesidades probado en todo. Pero un ser que desde su pobreza confía absolutamente en Dios, tanto que también él le deja a Dios ser completamente libre respecto de su vida y de su destino. Él no es Hijo de Dios porque puede convertir las piedras en panes. Para Jesús ése es el concepto de Hijo de Dios que tiene el que no conoce a Dios y lo imagina como proyección suya. Él es Hijo de Dios porque se atreve a vivir de su palabra y porque en efecto esa fe le da vida. Por eso no le pide a su Padre señales de que está de verdad con él. Y desde esa confianza alcanza la libertad para vivir una vida completamente humana.

Como tiene el corazón como el de su Padre, cuando Juan sale a predicar al pueblo el bautismo de penitencia para que se prepare

para la venida de Dios, él va a recibirlo y pide perdón con todo su ser porque ha ensanchado el corazón hasta llevar en él al pueblo cargando con sus pecados. Cuando ese pobre campesino se ha hecho hermano de todos, se abre el cielo y Dios lo proclama su Hijo elegido para la misión de instaurar el Reino. El Hijo de Dios es el hombre solidario, el Hermano universal. El Reino será el mundo fraterno de los hijos de Dios. Jesús se va haciendo hermano acogiendo a los pecadores excluidos; proclamando a los pobres que no sólo no son pobres porque Dios los castigó sino que ellos son sus predilectos y que él quiere reinar en ellos; curando a los enfermos y restituyendo al señorío de sí a los poseídos por espíritus dañinos. Se va haciendo hermano comunicándoles los secretos del Reino para que la gente lo desee y se ponga en camino hacia él.

Y, en efecto, tanto en su acogida de los excluidos como en sus curaciones y exorcismos y en su palabra con autoridad el pueblo reconoce alegre, maravillado y sobrecogido que Dios se hace presente en él. Y lo sigue. Jesús se había encontrado una masa abrumada y abatida, como ovejas sin pastor, y con su ministerio fué instaurando un movimiento de reunión.

Por supuesto que hubo malentendidos. Los dos más obvios consistieron en entender a Jesús como el rey que Dios envía a Israel para acabar con los invasores romanos y con los judíos colaboracionistas e instaurar el reino de los santos de Dios como un imperio universal y sin término; y en comprender el tiempo que abría Jesús como una edad de oro de abundancia caída del cielo que hiciera innecesario el trabajo y acabara para siempre con tanta penuria. Para deshacer los malentendidos Jesús se dedicó sistemáticamente a desencantar a las masas insistiendo que Dios no reina ni por el poder que vence sobre los enemigos ni por la riqueza en la que descansar la vida. Dios

viene a entregarse personalmente y lo que pide es una entrega personal que exige una conversión de mente, de corazón, de relaciones, un cambio completo de dirección vital. El propio Jesús es el modelo de esa existencia de hijos de Dios y de hermanos, y el que, adelantándose con su relación, nos la posibilita. Así pues él no convoca ni al éxito portentoso ni a la abundancia paradisíaca sino a confiar en Dios como verdaderos hijos suyos y a hacerse prójimos del necesitado. El evangelio de Juan dice que al presentar tan claramente su propuesta muchos discípulos se echaron atrás. Pero tanto él como los otros evangelistas insisten en que el pueblo le fue fiel hasta el día de su ejecución cuando una gran multitud lo acompañó dándose golpes de pecho en señal de protesta.

Pero quienes tenían el poder religioso, económico y político no se convirtieron a su propuesta, y ellos arrastraron a muchos que dependían de ellos, como los trabajadores del templo, que azuzados por sus jefes pidieron al procurador romano la muerte de Jesús. Así al acercarse en Jesús Dios para reinar, se hizo patente que cuando la religión (sobre todo la verdadera) se absolutiza como mediadora de Dios, se convierte en el antirreino, ya que no sólo no se convierte al mediador sino que obra en contra de él y de su camino hasta acabar con él. Lo mismo pasa con el poder político y económico que se absolutizan: tienen que acabar con el que trae la propuesta de construir el mundo fraterno de los hijos de Dios. Sin embargo Jesús no muere como una víctima: él sufre su muerte y su fracaso, pero frente al rechazo mantiene su propuesta y así la consume. Al morir rogando por sus asesinos, se consume como Hermano y como Hijo, hace ver que la confianza en Dios y la solidaridad son para él más fuertes que los poderes que lo están matando. Dios no intervino para salvar a su Hijo de manos de sus enemigos. Eso hubiera equivalido

a condenar a la humanidad a su ausencia eterna. Dios no intervino porque estaba aceptando la petición de perdón de Jesús y por tanto también él se consumaba como nuestro Dios y nuestro Padre.

Al resucitar a Jesús, Dios comenzó su reino en él. Dios había reinado sin ninguna restricción en la vida de Jesús. El resultado de esta soberanía de Dios es un ser humano que vive como ser humano la vida de Dios. ¿Cómo es un cuerpo humano que vive el modo de existir de Dios? Esa es la plenitud que Dios dio a Jesús, el que al hacerse hermano nuestro pasó de Hijo único de Dios a primogénito de la humanidad que vive en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Como Jesús es cuerpo, en él está ya trasfigurada la tierra de la que forma parte. Así pues, Jesús glorificado es la primicia de la trasfiguración de toda la creación. Ése es el significado pleno de Reino de Dios. Los evangelistas lo llaman la vida eterna y lo simbolizan en el banquete de bodas: la alianza eterna de Dios con la humanidad en su Hijo Jesús de Nazaret.

### **Del Reinado al Reino por la Acción Espiritual**

¿Quién formará parte del banquete del Reino? El que haya aceptado la soberanía de Dios sobre su vida. ¿Cuál es el contenido de esa soberanía? Vivir delante de Dios como un hijo y por tanto dedicarse a construir el mundo fraterno de los hijos de Dios. Somos hijos de Dios en su Hijo único Jesús y nos hacemos hermanos de los demás en Jesús, el Hermano universal. Por tanto aceptar la soberanía de Dios toma la forma de seguir a Jesús de Nazaret, de proseguir su forma de vida. ¿Nos es posible? Sí. Ya que hemos insistido que el hombre venido de Dios tuvo la existencia común de los seres humanos. No fue un plutócrata ni un jefe político ni alguien ejercitado en exigentes estudios académicos. Fue simplemente humano. Ahora bien, en esta

existencia común fue plenamente humano, absolutamente humano. Refiriéndose a él es verdad que el ser humano supera infinitamente al ser humano. Entonces ¿cómo seguirlo? Él piensa que sí podemos (Jn 14,12). La razón es que él ha enviado a cada ser humano a su mismo Espíritu, que nos habilita para vivir como verdaderos hijos y como hermanos, para proseguir su historia. Ahora bien, proseguir su historia ¿es conseguir nosotros lo que él no pudo? Su movimiento de reunión fue frustrado. Muerto el pastor, se dispersaron las ovejas. Es verdad que, al ser resucitado por Dios, se dejó ver para volver a convocar a los dispersos. Así comienza la prosecución de su historia.

¿Con qué resultados? Según la tradición, todos sus apóstoles fueron asesinados como Jesús. Aunque sus muertes fueron semilla de nuevos testigos. Esto significa que lo que nos toca es aceptar, como Jesús, la soberanía de Dios en nuestras vidas. Pero la transformación total de la historia para que en la humanidad resplandezca la gloria de los hijos de Dios, no está en nuestra mano. En nuestra mano está no resignarnos a que no suceda, y obrar con la fuerza del Espíritu, según la gracia que nos haya sido dada, para que éste vaya siendo el mundo fraterno de los hijos de Dios. La acción en esta dirección mide el grado de humanidad de una situación. Los resultados serán siempre ambivalentes. Lo más que conseguiremos es que la situación sea más buena que mala, y tendremos que seguir luchando en cada momento para que la situación no se revierta. En esa acción consiste el reinado de Dios sobre los seres humanos. Sobre el Reino, es decir cuándo llegará ese estado de cosas en el que todos seamos realmente humanos y Dios sea todo en todas las cosas, no lo sabe ni el Hijo (Mc 13,32). Lo nuestro es vivir en vela, es decir no decaer de nuestra esperanza, no configurarnos según las reglas de juego de una situación

que unidimensionaliza y excluye, y seguir entregados a la acción, que es simultáneamente obrar desde lo más auténtico nuestro y en obediencia al Espíritu en nosotros, ya que el Espíritu es el que nos mueve a ser humanos, que es lo mismo que ser cristianos, no obviamente en sentido confesional sino en el de asimilarnos a Jesús de Nazaret.

Pedro Trigo, s.j. Miembro del Consejo de Redacción

### **BIBLIOGRAFÍA:**

MEIER, *Un judío marginal* II/1 293-333,353-426,473-538

SOBRINO, *Jesucristo liberador*, 96-177

SOBRINO, *El Cristo de la fe*. 469-473

FLUSSER, *Jesús en sus palabras y en su tiempo*. Cristiandad 1975, 101-109

CASTILLO, *El reino de Dios*. Desclee, Bilbao 1999, 25-243

SCHILLEBEECKX, *Jesús*. 127-208

THEISSEN, *El Jesús histórico*, 273-316

LEON-DUFOUR, *Los evangelios y la historia de Jesús*. Cristiandad 1982, 374-393

GNILKA, *Jesús de Nazaret*. Herder 1993, 109-111,134-144,172-200,250-259

SANDERS, *La figura histórica de Jesús*. EVD 2000, 191-227

AGUIRRE, *Ensayo sobre los orígenes del cristianismo*. EVD 2001, 11-41

KESSLER, *La resurrección de Jesús*. Sígueme 1989, 62-76

*Diccionario Exegético del NT: basileia*. Sígueme 1996, vol.1 600-622

TRIGO, "Decir hoy el reino de Dios". En *SIC* 623 (2000) 128-131